



PESAME
A MARIA SANTISIMA
EN SU SOLEDAD.

EL VIERNES SANTO EN LA NOCHE.

Postrados con la mayor humildad delante de la imagen de Maria Santisima, y considerando la incomparable pena que su Magestad sentiria, viéndose sin la luz de sus ojos, Jesus, á quien acababa de dejar en un sepulcro, haciendo refleja sobre la causa de tan sangrienta muerte, que no fué otra que nuestras culpas, dirán el siguiente

ACTO DE CONTRICION.

¡Amorosisima María, madre de misericordias, abismo de dolores, insondable piélago de penas, y tormentoso mar de desconsuelos, que en las amargas ondas de tu desamparada soledad, renuevas los martirios de tu amante corazon, con la tierna memoria de los tormentos de tu dulcísimo Jesus, muerto á manos de la obstinada ingratitud de los

pecadores! ¡Oh quién, Señora, pudiera expresar nuestro sentimiento, causa de los tuyos, con la mas verdadera contricion, para que rasgados los corazones, brotaran en tu presencia la mas fina expresion de un perfecto dolor, con que consolaras tu afliccion acerba! ¡Mas ay, Reina dolorosa, que en la imposible consecucion de este deseo, se ve el estorbo que causa nuestra malicia! Ella es ¡oh divina Madre! la espada cruel que atraviesa tu amante corazon, y pues con cada culpa añadimos filos á sus inhumanos cortes, y á tu soledad mayores congojas, renovando la pasion dolorosa de tu difunto Jesus; por ser en ofensas tuyas y aumento de tus aflicciones, nos pesa, desamparada Señora, nos pesa, pacientísima Madre; nos pesa, Virgen amabilísima, de todo corazon, y sobre todo encarecimiento, de haber pecado, y muerto tantas veces al bien de tu vida, vida de tu alma y alma de tu corazon, Jesus: pésanos, tórtola amorosísima, de haber sido tan continuado motivo á tu amarguísima soledad, siendo tú nuestro remedio, abrigo y amparo: pecamos, piadosísima María, contra tu dulce Jesus, y contra tí, tan inculpable, tan pura y tan santa: pecamos, mas no por esto olvidamos tu clemencia: y así con ella alcánzanos el perdon, pues todos protestamos el mas firme propósito de no volver á pecar, morir ántes que ofender á tu difunto Jesus, ni dar entrada al ingrato olvido

de tus penas: y confiamos en tu amabilísima condicion, y maternales entrañas, nos alcanzarás la remision, la enmienda y la perseverancia en ella, para que como hijos verdaderos, te acompañemos en las amarguras de tu tierna soledad. Amen.

Dicho el acto de contricion antecedente, se comenzará el santísimo Rosario de quince misterios, meditando con la mas atenta consideracion, las penas que en cada misterio se apuntarán, en tierno recuerdo de las que afligieron el humildísimo corazon de la Señora, y procurando en todo hacerle la mas fina y dolorosa compañía en tan funesta noche. Adonde hubiere oportunidad de música, al fin de cada diez, se ofrecerá cantando en tono triste las endechas que se siguen, y despues el ofrecimiento que corresponde.

PRIMER MISTERIO.

Se medita las congojas que padeció la Madre santísima en la oracion del huerto, viendo interiormente las que su santísimo Hijo gustó en el amargo cáliz de su sagrada pasion.

Padre nuestro y diez Ave Marias en cada misterio.

Fué el cáliz de amarguras,
A Jesus en el huerto,
Horrorosa bebida,

Copia de sus tormentos.
 Renuévanse en su Madre,
 Cuyo amoroso pecho,
 En mortales congojas
 El dolor apuró todo el veneno.
*A tan amarga angustia,
 Haced, Madre del Verbo,
 Que en continua memoria
 Tu triste soledad acompañemos.*

OFRECIMIENTO.

¡Oh purísima Virgen María, espejo de obediencia! ofrecémoste este Padre nuestro y diez Ave Marías, en reverencia de las angustias que tu corazón sagrado padeció, mirando interiormente las que en la oración del huerto sintió tu amado Jesús, y de la resignación con que las admitiste, por obedecer los decretos celestiales. Rogámoste nos alcances una perfecta obediencia y resuelta determinación, con que prontamente cumplamos las debidas inspiraciones, para recibir sus premios eternos. Amen.

SEGUNDO MISTERIO.

Contempla los crueles azotes que dieron al Hijo de Dios, y el dolor que causaron en el doloroso corazón de su amantísima Madre.

Padre nuestro, etc.

Nadando entre su sangre
 Jesús, quiso en su cuerpo,
 A tormentas de azotes,
 Asegurarnos puerto.
 Causaron en su Madre
 El estrago sangriento,
 De ver deshecho en sangre
 Al esplendor del cielo.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh pacientísima Virgen María, mar de tormentos! Recibid este Padre nuestro, y diez Ave Marías, en memoria de los que sufristeis viendo el sacrosanto cuerpo de Jesús, inundado en su sangre a los cruelísimos golpes de tanto azote, en tanta agonía, que llegó a términos de espirar el último vital aliento. Concédenos, Señora, la continua memoria de tan doloroso espectáculo, para que navegando en las ondas de una penitencia verdadera, hallemos el deseado puerto de la gracia. Amen.

TERCER MISTERIO.

Meditase el sentimiento de esta soberana Reina, al ver coronada de espinas al verdadero Rey de cielos y tierra.

Padre nuestro, etc.

Inhumana corona,
 De mil cambrones fieros,
 Al Salomon mas sabio
 La cabeza ciñeron.
 Siente el dolor María
 Viendo así al Rey supremo,
 Y cual sagrada zarza
 Arde, sin consumirse el sufrimiento.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh humildísima Virgen María, ejemplo de humildad! ¡Cuánta pena sentirias viendo á mi Jesus coronado de punzantes espinas, corriendo arroyos de sangre de aquella sagrada cabeza, que tantas veces reclinaste en tu castísimo pecho! En honra de esta afliccion, te tributamos este Padre nuestro y diez Ave Marias, pidiéndote nos comuniqués una justificacion en todos nuestros pensamientos, teniéndolos siempre entre las espinas de Jesus, para merecer su graciosa corona. Amen.

CUARTO MISTERIO.

Contempla en los pasos del Redentor con la cruz á cuestas, los dolores y conformidad de su Madre santísima viéndole caminar á morir.

Padre nuestro, etc.

Camina al sacrificio
 Jesus, Isaac mas bello,
 Sosteniendo en sus hombros
 De la cruz el madero.
 Obsérvalo su Madre,
 Y sus pasos siguiendo,
 Abrahan mas constante,
 Para cuchillo toma el sentimiento.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh fortísima Virgen María, roca en el padecer, que con tanto celo de la humana redencion acompañaste á tu bellissimo Jesus, en el camino del Calvario, mirándole sufrir ya el cansancio, ya los empellones, ya las caidas, con que nuestras culpas le hacian penar, y padecer á vos! Admitid en recuerdo de estos dolores, este Padre nuestro y diez Ave Marias, y haced, Señora, que constantes, tomando la cruz de las tribulaciones, sepamos seguir las huellas del Salvador, padeciendo para gozarle triunfante. Amen.

QUINTO MISTERIO.

Refleja atentamente, cuánto seria el tormento de la Señora, viendo clavar y levantar en la cruz al Rey supremo en el Calvario.

Padre nuestro, etc.

Gime la Virgen Madre
 A los golpes groseros,
 Con que á Jesus fijaron
 Al sagrado madero.
 A cuyo ruido el alma
 Quedó pasmada, viendo
 Al inocente amado
 Aprisionado por impropios hierros.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh Santísima Virgen, palma fructífera de nuestra salud! ¡Qué agudo sentimiento, lastimando tu inocentísimo pecho, te atormentó los sentidos, cuando oíste los golpes del martillo, que para clavar á tu dulce Jesus en la cruz, daban en los clavos! En su honor, Señora, te ofrecemos este Padre nuestro y Ave Marías, suplicándote nos alcances del Señor, firmeza incontrastable en los propósitos santos y tentaciones: merezcamos crucificar nuestras pasiones, para recibir la palma del triunfo en la gloria. Amen.

SEXTO MISTERIO.

Será la meditacion, el sentimiento que causaron en el modesto corazón de María Santísima las blasfemias que los judíos decían á Jesus, estando crucificado.

Padre nuestro, etc.

Voces descompasadas,
 Blasfemos improprios,
 Contra el Rey soberano
 Alevos prurumpieron.
 Interiormente rompen
 Sus mordaces acentos,
 De la modesta Madre
 El corazón que percibió los ecos.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh suavísima Virgen, cítara acorde de armoniosas virtudes! Cuanto angustiado desentono causarían en tus sagrados oídos las ásperas sobre agudas blasfemias, con que el ingrato pueblo mal sonante impropieraba la santidad de mi Jesus, para aumentarle las afrentas del patíbulo, y á tí las penas. Recibid, Madre santísima, este Padre nuestro y Ave Marías, en reverencia de este pesar: y haced que nuestras lenguas en continuas alabanzas, abstraídas de todo maldecir, formen aquí los compases, con que en la eternidad canten la mas suave música. Amen.

SÉPTIMO MISTERIO.

Contempla el martirio de Jesus, en la sed que tuvo de mas padecer por nuestro amor, y como

su Santísima Madre sintió esta pena, previendo nuestra ingratitud.

Padre nuestro, etc.

En sed de mas martirios
 Jesus amante ardiendo,
 Mirrado vino gusta,
 Que le añade el tormento.
 Rásgase de María
 El amoroso pecho,
 Y sedientos no bastan
 Aun de sus ojos raudales tersos.

A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh amantísima Virgen, fuente saludable de gracia! Con qué extremo padecería tu maternal afecto, viendo la sed que mortificó á tu crucificado Jesus, por amor de los hombres, sintiendo tú la misma sed de no sentir mas nuestra ingrata obstinacion. A cuya amarga fatiga te ofrecemos este Padre nuestro, y diez Ave Marías, pidiéndote que sedientos nuestros corazones del amor dulcísimo de Jesus, sin dilacion alguna corramos, cual heridos ciervos, á tí, Señora, en quien hallemos el puro refrigerio en las corrientes de tu gracia. Amen.

OCTAVO MISTERIO.

Atiende con los ojos del alma el grave tormento de María Santísima al ver á su querido Hijo en tal desamparo, que le obligó á dar muestras de su necesidad.

Padre nuestro, etc.

Desolacion aflige
 Al que es del Padre espejo,
 Llegando á tal su angustia,
 Que no sufrió el silencio.
 En cuyo desamparo,
 Siente su Madre el verlo,
 Falte á Jesus asilo,
 Cuando es á todos Madre de consuelos.

A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh tiernísima Virgen, ciudad de refugio, que á ningun menesteroso se ha negado! Y ¡cómo se rasgarian de dolor tus amorosísimas entrañas, viendo tan sin consuelo el desamparo de tu adorado Jesus, en grado tan superior, que llegó á romper su constante silencio! En honor de esta amargura, ofreciéndote este Padre nuestro y diez Ave Marías, te rogamos nos concedas un verdadero desengaño, con que en nuestros trabajos, puesta solo en el Señor nuestra confianza, habitemos

bajo el patrocinio de tu refugio, con que libres de todos nuestros enemigos, merezcamos tu eterna consolacion. Amen.

NOVENO MISTERIO.

Es la consideracion, el gravísimo tormento que sintió la Señora, viendo espirar á su Hijo, y no morir con él.

Padre nuestro, etc.

Lanzando en un suspiro
 Todo el vital aliento,
 Espiró el que es la vida
 De todo el universo.
 Aquí su intacta Madre,
 El martirio sintiendo
 De no morir entonces,
 Padeció del dolor lo mas acerbo.

A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh constantísima Virgen, inexpugnable torre á los continuos asaltos que padeciste de dolor, mirando á tu amabilísimo Jesus, que cercado de ansiosas agonías, inclinando humildemente su cabeza, espiró! Quién, Madre santísima, podrá comprender tu inexplicable afliccion, y mas viendo que no le acompañabas en la muerte, como pedia

tu fino amor. Ofrecémoste este Padre nuestro y diez Ave Marias, suplicándote, que muriendo en todo el mundo, con Jesus, hechos torre incontrastable á los tiros del demonio, mundo y carne, resucitemos con su Magestad en su corte. Amen.

DÉCIMO MISTERIO.

Contémplese el dolor de esta divina Señora, viendo que ni despues de muerto cesaban los tormentos de su Hijo, y que llegando un soldado á su santo cadaver, le abrió con una lanza el corazon.

Padre nuestro, etc.

Cruel acerada punta
 Abrió despues de muerto
 A Jesus el costado,
 Brotando un mar bermejo.
 En que sintió María
 Del rigor lo protervo,
 Pues que ni aun de difunto
 Guardaron del Señor los privilegios.

A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh fecundísima Virgen, nube misteriosa, cuyo riego fertiliza las almas! Qué padecer tan continuo el tuyo, y qué especial padecer, al mirar que ni por estar difunto respetaban los hombres á tu

Jesus, sino que llegando uno con riguroso ímpetu, dió una lanzada á su desnudo amante pecho, con que abrió su manso corazon. En obsequio de estas angustias, recibid este Padre nuestro y diez Ave Marías: é inunda, Señora, nuestros pechos, cual celestial nube, con el agua y sangre de este sacrificado cordero, para que con tal rigor fructifiquemos las mas estimables virtudes, con que lograr el fruto de los Sacramentos, que de su costado manaron. Amen.

UNDÉCIMO MISTERIO.

Se medita el tormento que María Santísima tuvo viéndose sin su Hijo, y sin mortaja ni sepulcro en que énterrarle.

Padre nuestro, etc.

Renuévanse las ansias,
 Cuando el cadaver yerto
 De Jesus no sepultan,
 Por no haber en que hacerlo.
 De mortaja y sepulcro
 Su madre careciendo,
 Padece en no pedirlo,
 De la necesidad el complemento.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh poderosísima Virgen, tesoro riquísimo de inestimables riquezas! ¡Cómo, Señora, sentiría

tu corazon generoso, la extremada pobreza, con que te affligió ver á tu amante difunto sin forma de poderlo sepultar, ni mortaja con que cubrir su pobrísima desnudez! Sean en reverencia suya estas diez Ave Marías y un Padre nuestro, con que te pedimos que renunciando las superfluas vanidades de este mundo, imitando la voluntaria pobreza de Jesus, merezcamos participar de los tesoros celestiales. Amen.

DUODÉCIMO MISTERIO.

Meditarás la pena de esta soberana Reina, al ver bajar de la cruz á su amado Hijo tan maltratado por nuestro amor.

Padre nuestro, etc.

A descender se anima
 Un reconocimiento
 A Jesus del suplicio,
 Allanando respetos.
 Mira su santa Madre
 Desclavar de aquel leño
 El cuerpo, y en su vista
 Los ojos nuevamente padecieron.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh superiorísima Virgen, escala mística de Jacob! ¡quién será capaz de entender el grave

sentimiento de tu tierno corazón, cuando tus ojos vieron bajar su difunta luz del sagrado madero, echando los brazos de uno á otro lado, y moviéndose todo, según la voluntad de los que le descendían, por estar ya sin el vital espíritu que le animaba! Te ofrecemos á honor de esta angustia, este Padre nuestro y diez Ave Marías, pidiéndote nos franquees auxilios, con que desunidos del amor propio, descendiendo al conocimiento de nuestra miseria, merezcamos por tí ascender á la unión estrecha del divino amor. Amen.

DÉCIMOTERCIO MISTERIO.

Harás la meditación en el gravísimo dolor de María Santísima, viendo en su maternal regazo á su amantísimo Hijo tan herido, maltratado y muerto.

Padre nuestro, etc.

¡Oh, y cómo entre tus brazos,
Con amantes afectos,
La Madre quiere al Hijo
Infundir nuevo aliento!
Regístrale afligida,
Y no halla su desvelo
Mas que en heridas tantas.
Mirad de su dolor nuevo recuerdo.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh sacratísima Virgen, silla donde descansó la Eterna sabiduría! Ya Señora, la tienes en tus brazos tan desconocida como maltratada de los pecadores. ¡Qué entendimiento percibirá tu pena, viendo esa hermosura incomparable tan descompuesta, herida y del todo desfigurada! ¡Y cómo le desearias dar tu misma vida por aliento! Veneramos, Señora, tu pesar, rogándote que olvidándonos de las necias vanidades del humano saber, logremos aprender en el descuadernado libro de Jesús muerto, para alcanzar la verdadera ciencia que es saber amarle. Amen.

DÉCIMOCUARTO MISTERIO.

La consideración será, como habiendo la Madre Santísima de piedad, amortajado y compuesto el cuerpo de su Criador, le fué acompañando hasta el sepulcro, sintiendo haber de apartarse de allí.

Padre nuestro, etc.

Amortájale fina,
Y entre su llanto tierno
Le forma de suspiros
Mas bien tramado lienzo.
Ni se aparta constante,
Sintiendo en el entierro,

No ser helado jaspe
 Para ser ella misma el mausoleo.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh misteriosísima Virgen, arca del sagrado testamento! ¡Con qué pena tan fuerte amortajaste el sacrosanto cuerpo de tu castísimo Jesus, le cerraste sus eclipsados ojos y le acompañaste hasta el sepulcro, siendo tu mayor pena apartarte de allí! Mitíguenla, Madre santísima, este Padre nuestro y diez Ave Marias que en su memoria te ofrecemos, para alcanzar de tí, que vestidos del lúgubre luto de tan lastimosa muerte, acompañemos leales á nuestro dueño y tu Hijo, hasta que merezcamos darle digno sepulcro en nuestros corazones como sagrado maná. Amen.

DÉCIMOQUINTO MISTERIO.

El punto que se medita es, la afliccion dolorosísima que causó en el corazon de la amantísima madre, verse sola sin la amable presencia de su querido Jesus.

Padre nuestro, etc.

Hizo en la Virgen pura
 La falta de su dueño,
 En opacas tinieblas

Convertir sus reflejos.
 Esta soledad llora,
 Tiernamente gimiendo,
 La tórtola mas triste,
 Por su muerto consorte Jesus bello.
A tan amarga angustia, etc.

OFRECIMIENTO.

¡Oh tristísima Virgen, estrella refulgente, cuyas brillantes luces se han convertido en densa oscuridad, por la muerte del Divino sol de justicia! Corto será el mas dilatado discurso en contemplar tu pena, viéndote sola, dolorosa y sentida en la amargura de tan penosa ausencia; y así, venerando este tu tormento, te ofrecemos este Padre nuestro y diez Ave Marias, pidiéndote nos concedas un continuo dolor por la memoria de la muerte de Jesus, y tu tierna soledad, con que sintiendo en esta vida la noche amarga de tu penar, guiados por tus influjos merezcamos gozar los celestiales reflejos de tu lucir en la bienaventuranza. Amen.

Padre nuestro : Dios te salve María, Hija de Dios Padre, etc.

Dichas las tres Ave Marias acostumbradas, y la Salve inmediatamente, con el mas reverente y sencillo afecto, se ofrece con el siguiente

PÉSAME.

A tus sagrados piés, Reina afligidísima, postrados con el mas humilde rendimiento, te ofrecemos este rosario santísimo, en agradecido recuerdo de tus penas, especialmente de las que padeciste esta noche, representadas todas y renovadas en tu sentidísima soledad. Recíbidle, amorosísima Reina, purificándole con tus méritos, de nuestras imperfecciones : y recibid con él nuestros corazones, que atribulados en la memoria de tus congojas, se rinden llorosos de tu pesar. ¡Oh tórtola divina, y quién pudiera consolar tu afliccion, enjugar tu llanto y acompañar tu desamparo! Sola, triste y atravesada de dolor te contemplamos, sin la luz que te alumbraba, sin el aliento con que vivias, sin tu dulce Jesus : mas si su Magestad sustituyó en nosotros la recomendacion de hijos tuyos, en cabeza de su purísimo apóstol S. Juan ; no tan sola estás, pues nos tienes aquí en tu presencia sintiendo (lo que en nosotros cabe) tus tormentos. ¡ Oh Madre amantísima ! haz que derretidos en lágrimas de contricion, lloremos muerto por nuestros pecados, al que tú lamentas difunto por su amor. Consuélese tu afligido corazon, con admitir el deseo que tienen los nuestros de acompañarte : y pues en tanta angustia tambien se te

augmenta el dolor en nuestras necesidades, remédialas, soberana Emperatriz, extendiendo el poder de tu maternidad á la santa universal Iglesia militante, á su benigno pastor, á nuestro supremo gobierno, con todos sus dignos sustitutos : dales á todos paz, y contra los infieles dirige sus victorias, destruye las heregias, liberta á los católicos cautivos, redime del purgatorio á las fieles almas, asiste á los moribundos, sana á los enfermos, fortifica á los justos, convierte los pecadores ; y á los que presentes solemnizamos tus pesares, atiende en vida y muerte con particular esmero, para que continuando en el fino recuerdo de lo que padeciste en la amarga noche de tu soledad, merezcamos percibir con la divina gracia el inmarcesible día de la gloria eterna en tu compañía. Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.